

TROTSKY Y LA FUTURA GUERRA

LUCHA O COLABORACION DE CLASES

«Los stalinistas», así declara Trotsky en «De Internacional» del mes de agosto de 1935, escamotean el problema principal, el de las fuerzas, y bajo el pretexto de la defensa de la Unión de los Soviets, estiman el proletariado a su enemigo mortal, la burguesía nacional. Esto es la traición en su forma teórica perfecta».

Trotsky reconoce el peligro que amenaza a Rusia por parte de los Estados fascistas, y se pregunta si la lucha de clases en Francia, país aliado con Rusia, refuerza la situación de Hitler. Y contesta por la negativa: nosotros, los marxistas pretendemos que la defensa de las organizaciones obreras en los países capitalistas sea similar o a lo menos estrechamente ligada a la defensa de la U. R. S. S., y que esta defensa tenga que efectuarse por medio de la lucha de clases en todos los países belicosos. La tarea revolucionaria no puede cederse a la burguesía.

«Si los obreros franceses, belgas, checos, se unen a su respectiva burguesía, obligarán infaliblemente a los obreros alemanes a colocarse al lado de los nazis. El social-patriotismo nutre el racismo. Para debilitar a Hitler, es necesario que estalle la lucha de clases. Un gran movimiento proletario en cualquier país de Europa, contribuiría mucho más a paralizar el militarismo, basado en los contrastes de raza, que todas las alianzas de los imperialistas entre sí o con la U. R. S. S. Pues toda la alianza dirigida contra Alemania, tras consigo nuevos materiales para el racismo, y además, pone contra Alemania a unos países imperialistas, los cuales están bastante más inquietos por la democracia o por Rusia, que por el famoso equilibrio de las potencias» (Polonia, Japón, Inglaterra, etc.). Después, Trotsky hace constar, que el proletariado de cada uno de los países aliados con la U. R. S. S., queriendo sostener a su burguesía en caso de guerra, ya tiene que seguir esta política desde los tiempos de la paz, lo que incluye el renunciamiento total a la lucha de clases.

LAS ALIANZAS CON LOS ESTADOS CAPITALISTAS

Cualquiera que haya leído esto, concluirá, como nosotros, que Trotsky es adversario de toda alianza de la U. R. S. S. con un Estado capi-

talista. Injustamente, pues en un artículo que apareció el 10 de abril de 1935 en el periódico holandés «De Nieuwe Fakkel» (La Nueva Antorcha), Trotsky, ciertamente, ataca las famosas declaraciones de Stalin frente a Roy Howard, y combate con violencia las opiniones de Stalin, pero defiende al mismo tiempo las alianzas de Rusia con potencias imperialistas. «Cualquiera que sea la apreciación del pacto franco-ruso», declara Trotsky, «ningún proletario revolucionario serio ha negado o negará a la U. R. S. S. el derecho a tratar de proteger su inviolabilidad en forma de acuerdos provisionales con el imperialismo francés o con otro imperialismo. Esto no incluye de ninguna manera llamar blanco lo que es negro, representar a unos bandidos sangrientos como «amigos de la paz».

Pues: «El crimen no está en tal o tal acuerdo con los imperialistas, sino en el hecho de que el Gobierno de los Soviets, y junto con él el Comintern, escandalosamente hacen pasar a sus aliados provisionales y su Sociedad de las Naciones por mejores de lo que son, que engañan a los trabajadores gracias a las divinas del desarme y de la seguridad colectiva, y que juzgan de esta manera el papel de Agencia patriótica de los imperialistas respecto a la masa trabajadora».

TROTSKY SE CONTRADICE

Esto es claro. En el principio, Trotsky no se opone a una alianza con los países imperialistas. Y cómo concordar esto con sus declaraciones del agosto de 1935, que acabamos de citar más arriba? Si los intereses de una potencia imperialista y de la U. R. S. S. momentáneamente pueden ser paralelos, lo y si estos intereses pueden llevar a una acción común, como quiere que Trotsky parece estimar posible, Trotsky, evitar la tática deshonrosa por él mismo y que viene describiendo él mismo con estas palabras: «Si nosotros no queremos debilitar por medio de la lucha de clases a los imperialistas aliados con la U. R. S. S., esto significa que los queremos reforzar en la confianza del pueblo. Pero, ¿qué hacemos si los imperialistas franceses, belgas, checos, reforzados por su propio proletariado, vuelven sus armas contra la U. R. S. S., por consecuencia de un cambio de posesión muy bien posible, durante el curso de una guerra? Nos consolamos con la idea de

que en este caso, nosotros les combatiremos fuertemente, pero esto es una locura. Las grandes masas de los pueblos no dan media vuelta tan cómodamente. El poder que se ha confiado al militarismo, no se deja liquidar tan fácilmente. En este caso, sería comprobado que nosotros hemos contribuido, no pasiva, sino activamente a la destrucción de la U. R. S. S.

Y por qué, pues, todas esas filípicas contra Stalin, puesto que Trotsky prueba que sus palabras de 1927, relativas a la situación del régimen stalinista, valen todavía: «Lo que nos separa es incomparablemente menos de lo que nos une?»

EN NOMBRE DEL MARXISMO

Trotsky siempre ha defendido el principio de la defensa de la U. R. S. S. El vé todavía un «Estado proletario» en este país, que ha saltado de la fase del capitalismo privado para desenvolverse este sistema en la forma más aguda, el sistema del capitalismo de Estado, y que por esto posee todos los rasgos salientes de los Estados fascistas. Después de 1935, Trotsky ha cambiado únicamente en la tática a seguir, y hoy acepta el principio, basado según él mismo, en la repetición verídica de los viejos argumentos de Scheldemann, Weis, Vandevelde, de Man, Cachin, etc.

Stalin se llama marxista y dice que la guerra es la consecuencia de la mala voluntad de los enemigos de la paz. ¿Con qué derecho lo escarneció Trotsky, que se encuentra todavía tan cegado por el papel que pudo jugar en la revolución rusa, que no es capaz de analizar los fundamentos de la situación económica y política de la U. R. S. S., y que habla todavía de un Estado proletario, donde todo estaría muy bien si las riendas del Poder se hallasen en sus propias manos y no en las de Stalin? Este Trotsky, el marxista, que habla de la defensa de la democracia burguesa y de «militarismo basado en los contrastes de raza».

EL FRENTE DE LA GUERRA, ES EL FRENTE DE LA CONTRARREVOLUCION

Por su artículo de abril, Trotsky se ha colocado en el frente de guerra, y lo que escribió en un artículo el «Grupo de Comunistas Internacionales», de los Países Bajos, nos parece efectivamente exacto: «de la aceptación de un pacto militar con Francia, al apoyo activo de Francia en caso de guerra, sólo hay un paso».

Además, tenemos la opinión que mientras el marxismo no comprenda, que el militarismo en todas sus gradaciones es «el modo de opresión más radical» y que siempre significa la sujeción de los combatientes a los medios de combate de que disponen los no combatientes, igualmente que el capitalismo, caracteriza el avasallamiento de los obreros a los medios de producción de los que disponen los no obreros», como lo formulaba Simone Weil, subsistirá el peligro de que el marxismo recurra, en favor de la emancipación proletaria, a este medio del militarismo, que es esencialmente contrarrevolucionario.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

Las naciones pueden vivir en sí mismas

De todas las fecundas ideas de Kropotkin, la más ignorada es la de la posibilidad de obtener en una pequeña unidad territorial (París y los dos departamentos circunvecinos) una producción agrícola suficiente para una población particularmente densa. La mayoría de los escritores socialistas, de tendencias muy diversas de la de Kropotkin, no se preocuparon de investigaciones sobre la potencialidad agrícola, sino de una agricultura científica. Los pocos que lo hicieron lo hicieron con una cierta repugnancia a sobrepasar los estrechos límites de un programa mínimo, considerando utopía digna a lo más de indulgencia la de hombres que iban más allá de los cuadros y esquemas del socialismo. Y ni siquiera los agrónomos profesionales tomaron en consideración los estudios de Kropotkin sobre la potencialidad revolucionaria posible de una economía agrícola fuertemente desarrollada. Y se reafirmaron así en el pensamiento y la práctica de una generación pasada, llegando a las conclusiones pesimistas de un malthusianismo remodelado.

Un libro reciente de P. O. Willcox, uno de los cultores más autorizados de ciencias agrónomas, demuestra lo rápido que es el progreso más allá de los límites aceptados. Como ya en un precedente «Agricultura reformada», en esta intitulada «Las naciones pueden vivir en sí mismas», se ha propuesto informar al público sobre los resultados sorprendentes alcanzados por la ciencia en materia de producción agrícola. Si no fuese por un cierto espíritu suyo, a veces reaccionario, este libro se leería como continuación de los primeros capítulos de «Campos, fábricas y talleres» de Kropotkin, reimpreso en vista de los grandes pasos dados por la ciencia en los últimos cuarenta años.

Willcox, como Kropotkin, comienza su libro con un ataque a Malthus y a su premisa sobre el crecimiento de la población superior al de la producción agrícola. La ciencia moderna permite desmentir aquella premisa, que no puede ya ser invocada más que por quienes ignoran completamente la agro-biología moderna. Con esta última, el crecimiento de la productividad agrícola no se mide ya por la extensión; se puede calcular matemáticamente, o más bien de cada tipo agro-biológico, con la producción de cualquier otra ciencia teórica.

No sólo la potencia, sino el límite de productividad se puede calcular matemáticamente con una simple fórmula matemática. Y este límite supera con mucho las necesidades de una población, por densa que sea. No se puede considerar más que como una posibilidad puramente teórica la de una disminución del tenor de vida en razón del crecimiento de la población. La mayor densidad de población por milla cuadrada es ahora de dos mil, mientras teóricamente el punto determinado de saturación es de 65.000. El de la ciudad de Nueva

York es de 25.000 por milla cuadrada, lo que quiere decir que casi tres veces la población de la ciudad de Nueva York podría vivir agrícola y teóricamente en su propio territorio, límite teórico extendido a toda la producción agrícola; es decir, dada la densidad de 65.000 habitantes por milla cuadrada, es posible obtener sobre el propio territorio todo lo necesario en productos agrícolas, incluso la mayor parte de los productos de uso industrial.

Willcox se atreve incluso a afirmar que, con una agricultura verdaderamente científica, se puede pasar sin el carbón y dejar a un lado la extracción de otros fósiles, sustituyéndolos por vegetales de menor costo, y eso sin entrañar un mayor gasto de energía social. El tiempo de trabajo de un campesino corriente es muy superior, con mucho, al exigido por una agricultura científica, cuyos productos pueden parecer fabulosos en comparación con los obtenidos ordinariamente. Y tomando la densidad actual de los países más poblados, en los cuales la demografía moderna no prevé un aumento muy sensible, se tiene la posibilidad de obtener todo lo preciso en cuanto a producción agrícola en territorios relativamente pequeños y con un sorprendente ahorro de energía social, por lo que quedará una cantidad enorme de energía a disposición de la industria. Así se encuentra confirmada la idea profunda de Kropotkin de que una reorganización científica de la agricultura sobre base comunista llevaría a una descentralización de la vida económica, de la que surgirán gradualmente las comunas con economía autárquica integral.

En el libro en cuestión el autor no plantea la tesis que está del límite ideal la producción agrícola de hoy, pero la plantea de manera concluyente en su libro anterior, en donde se ha demostrado que si en general la vida agrícola ha perdido toda esperanza, la sostenida por la potencialidad de la ciencia moderna se aproxima con un pequeño número de cultivos fuertemente desarrollados a los límites más arriba aludidos. Ahora, reorganizando toda la agricultura, sobre esos modelos, se puede asegurar una abundancia tal de productos agrícolas como para echar abajo todos los prelos. Pero como nuestro autor confiesa con reteración que para efectuar tal reorganización habrá necesidad de librarse de una gran cantidad de impedimentos, además, condiciones sociales y políticas, nos vuelve naturalmente a Kropotkin, a la revolución expropiadora que es la única capaz de efectuarlo. El optimismo kropotkiniano se traduce cada vez más en los hechos. Es verdad, además se necesita siempre querer y obrar fuertemente.

SENEX

PROPAGAND

Tierra y Libertad

TEATRO DEL PUEBLO

PUBLICACION QUINGENAL, DIRIGIDA POR R. GONZALEZ PAOHECO

Como hablamos anunciado, a partir de primeros de julio comenzaremos a publicar una colección de teatro social bajo la dirección del dramaturgo argentino González Paoheco. Los precios de las obras serán variables, de acuerdo al número de páginas. Pero, siguiendo nuestra norma, siempre será su precio el más reducido posible.

Inicio esta nueva publicación con una obra del propio González Paoheco, inédita, titulada:

«COMPAÑEROS!» Cuatro actos.

Es una pieza del ambiente anarquista argentino, cuyos personajes y características han sido retratados magistralmente.

64 páginas de texto, portada a dos tintas, precio 0'50 cts. EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD», UNION, 19, ENTLO. Barcelona.

La gran huelga y la ocupación de las fábricas ha terminado. Ahora es posible echar una ojeada sobre el desarrollo de ese gran movimiento, sobre sus resultados y sobre las enseñanzas que de él se pueden extraer.

El punto de partida del movimiento se encuentra en el 6 de febrero de 1936. La autoridad estatal no pudo superar la crisis política, la política de deflación no pudo superar la crisis económica. La crisis no parecía tener fin, el descontento fué en aumento, el nivel de vida de los trabajadores se redujo cada vez más. Reajustado: la oposición de izquierda fué vigorosamente fortalecida. Su triunfo electoral del 26 de abril y del 3 de mayo, fué la expresión de la voluntad de las masas de producir una modificación radical.

El triunfo electoral del Frente Popular fué grandioso. Obreros y empleados, funcionarios de Estado, pequeños comerciantes y campesinos estaban convencidos de que había llegado el momento de las mejoras inmediatas. Las libertades democráticas debían ser afirmadas, ensanchadas, la crisis económica ser combatida por medidas radicales. La creencia más firme en el nuevo orden de cosas la tenían los trabajadores.

Pero pasaron semanas—no se operó ningún cambio. Surgieron dudas y se comenzó a hablar en alta voz: ¿Es que las promesas quedarán en agua de borrajas? ¿Seguirán los hechos a las palabras? La impaciencia fué creciendo. Sólo hacía falta una chispa para que los recipientes de pólvora hicieran explosión. Y vino la chispa y se encendió. Comenzó en la fábrica de armas Hotchkiss. Allí fueron despedidos 16 obreros el 26 de mayo. Ocurría eso con frecuencia y no tenía nunca consecuencia alguna. Pero ahora las cosas estaban de otro modo. Los obreros consideraron esos despidos como una provocación. Interrumpieron el trabajo en señal de protesta. Exigieron la reposición de los despedidos y al mismo tiempo ya no se conformaron con eso: pidieron aumento de salarios, reducción de la jornada, reconocimiento de los delegados de fábricas, contratos colectivos.

Mientras los delegados de los trabajadores negociaban se suspendió el trabajo. Pero se quedó dentro de las fábricas, se hizo huelga «sur le tas», en los lugares de producción. Las exigencias de los obreros no tenían, de ningún modo, carácter revolucionario. Eran las exigencias del «frente Popular». ¿Cómo es que los trabajadores, precisamente ahora, inmediatamente ante la toma del Poder gu-

LA OCUPACION DE LAS FABRICAS EN FRANCIA

Una gran experiencia que no debe desestimarse

(De nuestro corresponsal)

por A. SOUTHY

bernativo por los partidos del Frente Popular, cuando habían de recibirlo todo como reconocimiento por el Parlamento de su inclinación a la izquierda, de una manera legal, ¿cómo es que los trabajadores, repetimos, fueron a la huelga? Había sobrada razón. La confianza en el Frente Popular comenzaba a flaquear. El jefe del Frente Popular, Blum, el gran socialista, había tomado la palabra en distintas ocasiones para tranquilizar a los capitalistas. «No viene el socialismo. Las fuerzas del capital nacional pueden confiar tranquilamente a mi futuro gobierno. Necesitamos tranquilidad y orden, no haremos ningún escándalo, ni en la calle, ni en el Gobierno o en el Parlamento». Así más o menos decían las declaraciones del jefe del Frente Popular. Y eso dio en los obreros motivo para la desconfianza. Prefirieron entonces confiar en sí mismos y en la propia intervención. De ahí la huelga.

El resultado fué fabuloso. En la misma noche fueron aprobadas las exigencias de los trabajadores. Cuando se difundió la noticia, el ejemplo fué imitado. La irritación entre los obreros era grande. Fué como un alivio para el corazón cuando se pudo exteriorizar en actos de huelga la impaciencia contenida. Diez mil, veinte mil, cincuenta mil metalúrgicos fueron a la huelga en las horas subsiguientes. Un par de días más tarde eran cientos de miles los huelguistas. Sus demandas eran en todas partes las demandas que ya había presentado el Frente Popular y que estaban contenidas en el plan de la C. G. T.; La semana de cuarenta horas, medidas contra la desocupación, vacaciones pagadas, tarifas colectivas. Los partidos del Frente Popular quedaron desconcertados; todo eso lo queremos introducir por vías

legales. ¿Para qué hacer huelga? Los obreros, sin embargo, no quisieron esperar más. Habían sido burlados muy a menudo. Ahora querían obrar por cuenta propia. Por eso la huelga. La ocupación de las fábricas se produjo de un modo espontáneo, sin que los mismos obreros que las ocuparon y a quienes no querían interrogar supieran cómo se había decidido la cosa. Lo hicieron unos, les imitaron los otros. Ciertamente el pensamiento existía ya: Si nosotros ocupamos las fábricas, la huelga no puede ser quebrantada por nada. La solidaridad es más viva. No fué, pues, una ocupación de fábricas con objetivo revolucionario. Sólo el método tenía un carácter revolucionario; pero lo que se quería conseguir no pasaba de reformas dentro del régimen capitalista. La ocupación de las fábricas en 1920, en Italia, era algo distinto. Entonces los obreros continuaron la producción. Querían expropiar a los propietarios para introducir el nuevo orden socialista de cosas. Se encerraron en los establecimientos y estaban dispuestos a defenderlos y a defenderse. En Italia el tono fué marcado por el sindicalismo «revolucionario»; en Francia fué marcado por el sindicalismo «reformista», es a vez. Aquel quería seriamente el aniquilamiento del adversario capitalista, éste quería sólo una contienda deportiva—se le puede llamar, si se quiere, lucha de clases—en la que el adversario sólo debía ser vencido por puntos, después de lo cual podía volverse a poner de pie. El programa del Frente Popular, más bien fué en el movimiento un obstáculo que una causa impulsiva.

Pero el movimiento se extendió. En las fábricas de Citroen y Renault, los grandes establecimientos de fabricación de automóviles, en Gnome y Rhone otras empresas, las reformas exigidas por los trabajadores fueron aprobadas. La huelga fué interrumpida, los obreros volvieron a sus tareas. La primera fase de la huelga había terminado. Con un gran éxito.

II

Pero un día más tarde el movimiento se puso de nuevo en marcha. Y esta vez era más fuerte que la víspera. Tenía fuerzas dinámicas, nadie habría considerado posible, unos días antes, semejante movimiento. ¿Cuál fué la causa? No es difícil de comprender. Ajetados por el triunfo de sus compañeros de clase, exigieron los trabajadores en otras fábricas las mismas bases: No sólo en París y en sus alrededores, esta vez en todo el país. Los capitalistas se sintieron amenazados y retiraron las promesas que habían hecho